

DaBar



Ciclo_C

nº
20

23 de marzo de 2025
3º Domingo Cuaresma

Año LI

Una vez más queremos agradecer la confianza que depositáis en nuestro trabajo al seguirnos cada semana y utilizar nuestros materiales, pero queremos recordaros que necesitamos de vuestra aportación económica para seguir adelante con este proyecto. Si puedes y quieres puedes apoyarnos con cualquier pequeña donación en nuestro número de cuenta IBAN ES78 2100 54413902 0007 9585.





Índice

Primera Página

Exégesis

Notas para la Homilía

Para la oración

La misa de hoy

Cantos

Dios habla



Primera Página

Buen viaje

Llevamos ya tres semanas caminando. Estamos a mitad de camino para llegar a Jerusalén. De la primera parada aún resuena en mis oídos: «Mi padre era un arameo errante... Y Yahveh nos sacó de Egipto... y nos trajo aquí, y nos dio esta tierra, tierra que mana leche y miel...». Y de la segunda: «Yo soy Yahveh que te saqué de Ur de los caldeos para darte esta tierra en propiedad». Y estas palabras han ido calando en mi como una lluvia fina y persistente, hasta empaparme del todo.

De nuevo hacemos un alto para recuperar el aliento. Parece que empieza la cuesta. Y Dios, que es caminante por naturaleza, sabe que necesitamos un receso. Una paradita que calme nuestro acelerado y taquicárdico corazón. Y como un eco, terco y obsesivo, nuestro oído nos repite: «Te saqué de donde estabas, para darte otra tierra», «te saqué... para darte...». Cuando uno se pone a tiro delante de Dios (tengo un amigo que dice «a vueltas con Dios») siempre pasa por el estirón. Desde el «sal de tu tierra», hasta «...pero no se haga mi voluntad sino la tuya...». Siempre es lo mismo. Aunque creamos sinceramente que ya salimos una vez de nuestro punto cero enamorados de la Buena Noticia, siempre que nuestra voluntad, entendimiento o corazón lo ponemos antes Dios... El siempre nos saca de algo para darnos algo nuevo, incluso nos saca de la muerte para darnos la vida.

Leí hace poco, y no sé dónde, que los hombres están bien hechos, pero mal terminados... y que nunca se llenan del todo porque su corazón es tan grande, que sólo Dios puede cumplir ese cometido. Sólo cuando nos abandonamos incondicionalmente a su amor incondicional encontramos el sentido de la vida en cada criatura.

El camino a Jerusalén es largo. Ya llevamos tres semanas andando y todavía no se vislumbra ni de lejos la ciudad santa.

El Espíritu de Dios se sienta con nosotros a la sombra de... parece que una higuera; y comienza a leernos: «...Moisés era pastor del rebaño de su suegro... Yo soy el que soy, el que es, el que está siendo, el único que de

verdad es el ser, el sentido y la razón de toda existencia...». Y nuestro corazón recobra su ritmo y los pulmones se nos hinchan de aire puro y las sienas dejan de golpear nuestras ideas...; el agua corre fresca en la garganta y parece como que el tiempo se ha detenido, y todo lo viviente reverencia las palabras que el Espíritu acaba de pronunciar. Respiramos profundamente y sabemos que salimos, que estamos saliendo y saldremos de algo que en nuestra alma todavía no es de Dios, para recibir una nueva tierra; la vida entregada de Jesús de Nazaret. La tierra definitiva. Nuestra meta final. El cumplimiento de la promesa. En El vivimos, nos movemos y existimos. Somos porque El nos ama. Somos amados, luego somos.

Aún quedan dos paradas antes de llegar a Jerusalén. No sé por qué, esta palabra, Jerusalén, hace que algo se me estremezca por dentro. A veces quisiera no tener que subir hasta ella, y sublimar o, sinceramente, borrar de la historia lo que allí pasó. Y diréis: «¡Qué burrada! ¡Serás apóstata!». Pero a veces caigo en la tentación, al ver cómo siguen funcionando las cosas en nuestro mundo... y la tentación me hace decir: «Total, para esto. ¿De qué ha servido tanto sufrimiento? ¿Qué ha ganado Dios con esa muerte injusta y cruel?». A veces el tentador grita muy fuerte y me cuesta escuchar la voz de Jesús desde el madero. Es un susurro tan frágil...

Y a veces me cabreo y pataleo de rabia y lloro de la impotencia... y de no entender nada. Y como Pedro, siempre Pedro, me dan ganas de sacar la espada y emprenderla a sablazos y mandobles... Y me cuesta escuchar a Jesús: «Que no es eso, que no es así...», susurrando bajito en mi oído.

Sé que Dios también me sacará de esto.

A veces oigo «Jerusalén» y me solivianto. Y quisiera recorrer el camino en la dirección opuesta, hacia Emaús. Pero cuando me doy cuenta, el Espíritu ya ha comenzado a caminar... y he de dar una carrerilla para alcanzarlo... El lleva el botijo con el agua, así que icualquiera se queda atrás!

Tendremos que seguirlo hasta Jerusalén,

o hasta donde sea, porque seguro que de allí también nos saca Yahveh para llevarnos a alguna otra parte. El siempre tan creativo. Y tan viajero.

Será mejor que corra o voy a perder de vista al Espíritu en la próxima curva.

Buen viaje a todos. Nos encontraremos en Jerusalén. Ya sabéis, al final de la cuesta. No tiene pérdida.

Ana Izquierdo
ana@dabar.es

Exégesis...

Primera Lectura

...un análisis riguroso

· Contexto. Sólo el que tiene capacidad para contemplar la dura realidad de un pueblo puede llegar a ser su liberador.

«Hartos de los israelitas, los egipcios les impusieron trabajos penosos y les amargaron la vida con dura esclavitud, imponiéndoles los duros trabajos del barro, de los ladrillos y toda clase de trabajos del campo» (1, 13s.). Esta es la penosa situación de un pueblo que bajó a Egipto buscando un tipo de vida más digna y menos arrastrada.

Salvado y adoptado por la hija del faraón (2, 1 10), Moisés crece en la corte del soberano, pero, según el relato bíblico, su pueblo no es el egipcio, ya que «...salió a donde estaban sus hermanos y los encontró transportando cargas...» (2, lis.). Y al contemplar la dura realidad en que viven los suyos comete un acto de violencia; ha de huir de la corte del faraón, refugiándose en el desierto (2, 11-25).

· Texto. En el desierto Moisés adquiere conciencia de líder.

Ex 3, 1-4, 17 es una perícopa de gran importancia en la historia de la salida, relato entretejido por tradiciones diversas y elementos redaccionales muy difíciles de separar (tradición paralela en 6, 2-13).

Moisés es presentado como pastor de ovejas en tierra de Madián. La vida apartada y la obligada meditación en el desierto madianita van a despertar su vocación y misión: el inquieto y violento fugitivo va a transformarse en el auténtico liberador de su nación, el incomprendido por los suyos llegará a ser su jefe y caudillo.

Vs. 1-6: Vocación. La fecunda soledad del desierto es el momento propicio para la irrupción del Espíritu, para recoger la copiosa cosecha interior (también en el desierto empieza la actividad de ellas y de Jesús).

En una de sus abundantes incursiones por el desierto de Moisés llega al Horeb (=Sinaí, donde un ángel del Señor (=Dios) se le aparece en medio de una zarza; el fuego que arde sin consumirse es símbolo, ya clásico en Israel, para evocar la presencia divina (cfr. Ex 19, 16ss, Dt 4, 24; 5, 22-27...). Jamás llegaremos a saber en qué consistió esta apariencia religiosa, ya que la vivencia interior nunca puede traducirse a lenguaje humano. Y ante lo numinoso el hombre siente miedo. El nombre hebreo de «zarza» (seneh) evoca, por aliteración, «Sinaí», lugar sagrado donde Dios se aparecerá al pueblo; la visión de Moisés prefigura la futura visión y vocación del pueblo (Ex 19).

El Señor que se aparece y habla (v. 6) no es un Dios desconocido, sino el que hizo las promesas a los padres. La historia actual está en relación muy estrecha con la pasada.

Vs. 7-10: Misión. La copiosa cosecha interior recogida en el desierto, no sólo debe servir para provecho «del propio ánimo», como decían muchos de los antiguos directores de Ejercicios Espirituales, sino también para utilidad y beneficio de los demás. Lo afirman, de forma tajante, los vs. 7ss.: Dios quiere liberar a su pueblo de la opresión y conducirlo a la tierra de sus antepasados. Esta liberación implica romper el yugo o coyunda de la servidumbre para servir libremente al Señor (v. 12); será la misión de Moisés. Ante la dificultad se siente perplejo, pero Dios le promete su ayuda



y protección (vs. 10ss.).

· Reflexiones. Moisés sale de la corte egipcia y contempla la dura existencia de los suyos. Israel debe salir de la servidumbre para dedicarse al servicio del Señor. La Iglesia, nuevo pueblo de Dios, deberá también salir de su egoísmo del hombre viejo de sus esclavitudes y opresiones... a la nueva libertad, propia de los hijos de la Nueva Alianza. Esta es la liberación o conversión, individual y colectiva, de la que habla el Evangelio. Debe alcanzar toda la vida humana, nuestro comportamiento individual y colectivo, eliminando actitudes monolíticas y estereotipadas...

Pastor o líder de un pueblo no es el político que hace promesas electorales y luego se olvida de ellas. Tampoco lo es el eclesiástico que se conforma con hablar a sus fieles de la vida eterna, desentendiéndose de la dura existencia de todos y cada uno de ellos... El auténtico pastor es el que sabe bajar al ruedo de la vida, a la dura arena de la realidad cotidiana y jugarse el tipo compartiendo la vida de los hombres y luchando por liberarlos de todas sus esclavitudes.

Nuestra sociedad está hambrienta de desierto, anhela la apertura al Espíritu. Nuestros líderes políticos y religiosos hablan mucho, demasiado, pronuncian discursos, editan documentos, hacen grandes promesas, presentan proyectos y organigramas..., y total, ¿para qué? Las ovejas continúan insatisfechas al no ver plasmados procesos liberadores. Necesitamos pensar, reflexionar, sumergirnos en la dura y fructífera vida del desierto... para estar abiertos a un Espíritu que obre nuestra propia liberación y nos impulse a liberar a los demás. El desierto no se reduce al egoísmo del propio ánimo (ésta es la religión opio del pueblo).

Equipo Dabar
dabar@dabar.es

Segunda Lectura

Pablo se ha puesto anteriormente de ejemplo para que los corintios se esfuercen y puedan alcanzar la salvación. Pero parece que esto no es suficiente. Ahora parece que va a elevar el ejemplo y hacerlo más importante. El ejemplo no es otro que el de la historia del pueblo de Israel, recordando que la salvación se da dentro de la historia. El futuro lo debemos afrontar desde el pasado y con la ayuda de Dios. No podemos olvidar de dónde venimos y qué nos va enseñando esa historia.

Pablo va a hacer una comparación entre los acontecimientos y personas de los tiempos del Éxodo y de los cristianos, en este caso de los de Corinto, lugar al que dirige su carta. Comienza de una forma solemne: "No quiero que ignoréis, hermanos...". Y se va a referir a la Escritura con "nuestros antepasados". Refiriéndose al Éxodo trae a la memoria cuatro acontecimientos: la nube, el paso del mar, el maná y el agua de la roca. Todo esto será interpretado en clave cristiana.

Pablo interpreta la nube que acompañaba a los israelitas y el paso del mar como hechos por los que fueron bautizados los israelitas: "Todos fueron bautizados como seguidores de Moisés, al caminar bajo la nube y al atravesar el mar". El bautismo se ve aquí como una experiencia de salvación vinculada a la figura de Moisés.

La interpretación del maná y del agua de la roca remiten a una experiencia espiritual. No eran solo dones materiales, sino que se consideraban pan del cielo o alimento de ángeles. Incluso la roca de donde manaba el agua también era espiritual porque está identificada con Cristo: "La roca que representaba a Cristo".

Podríamos entender por todo lo anterior que en el desierto ya se anticipaban de forma eficaz los efectos salvadores de la obra de Dios realizada en Cristo. Incluso Pablo podría ver, de forma anticipada, los sacramentos cristianos. De todas formas, a todo esto, los israelitas respondieron negativamente en el desierto, por lo que Dios los rechazó, muriendo en el desierto.

Lo anterior sirve de ejemplo para nosotros, para que no queramos lo malo, como estos antepasados. De ahí, debemos aprender a no quejarnos. Pablo pasa a hablar de los cristianos: "Todas estas cosas que les pasaron a ellos eran como ejemplo para nosotros". Lo que les ocurrió a ellos es advertencia para ahora. Por eso acentúa que, pese a vivir en el tiempo definitivo, hay que tener cuidado. Quizá sea una advertencia a los que se creen fuertes en la comunidad de Corinto. A esos les dice: "Así pues, quien presuma de mantenerse en pie, tenga cuidado de no caer".

Rafael Fleta
rafa@dabar.es



Evangelio

Contexto

Nos adentramos en otro de los temas centrales de la cuaresma, la necesidad de conversión. En este cap. 13, estamos en la subida de Jesús a Jerusalén. Parece que podríamos estar en Betania o sus alrededores, ya junto a la Ciudad Santa, pero sin entrar en ella. Si en la zona de Galilea, Jesús tiene su "campo base" en Cafarnaúm; en Judea, ese lugar podría ser Betania, el pueblo de Lázaro, Marta y María. Jesús acaba de hablar de cómo su pueblo no le está reconociendo, no están aceptando para qué ha venido a este mundo, habla de los signos de los tiempos. Y aprovecha esta conversación para, en base a unas noticias, que todos conocen, abordar el tema de la necesidad de conversión.

Texto

Dos partes podemos distinguir en el texto de hoy, por un lado (vv. 1-5a), está la noticia de la represalia a propósito del conflicto que estalló cuando Pilato tomó dinero del tesoro del Templo para construir un acueducto. Los judíos se revelaron y se produjo una revuelta que fue brutalmente aplacada por los soldados romanos, por eso dice que la sangre de los galileos se mezcló con la de los sacrificios.

En este contexto se sitúa también la apostilla que añade Jesús, a propósito de si esos galileos muertos habían pecado, habían hecho algo mal. El planteamiento de Jesús es que las catástrofes no son consecuencia de nuestros pecados, que, a veces, ocurren porque sí. Dios, que es fuente de misericordia, no puede querer el mal para el hombre, sea o no pecador. Rompiendo así con las teologías retribucionistas del momento, y siguiendo la doctrina recogida en el libro de Job.

Y, pone otro ejemplo. El de la torre de Siloé. Los jerosolimitanos creían que los galileos eran ciudadanos de segunda, y el ejemplo anterior, podría no valerles, por eso, recurre al accidente de la torre, junto a la piscina de Siloé (seguramente, asociada a las obras del acueducto), en el muro sueste de la ciudad. Esos dieciocho, no eran escoria para ellos, como podía considerar a los galileos.

En el v. 5 b comenzaría la segunda parte, en ella Jesús saca la enseñanza les quiere transmitir. Hay quien ha llamado a esta parte la verdadera calamidad, esa que no se puede evitar es que todos hemos de morir y enfrentarnos al juicio por lo que hemos hecho en nuestras vidas. Entre los judíos era frecuente la creencia en la justificación por las obras, pero Jesús rechazaba el legalismo hipócrita, de ahí la llamada al arrepentimiento, a la conversión. Como siempre, Jesús plantea el tema de los motivos, no tanto el de los hechos. Si los actos de piedad no se fundamentan en el amor a Dios, no sirven de nada. Por ejemplo, si yo hago una donación, puede parecer un buen acto, pero si lo hago para desgravarme impuestos, se convierte en un acto egoísta; en cambio, si lo hago por amor, aunque, luego me desgrave, es un acto que realmente me justifica.

Los vv. 6-9 nos propone una parábola para ilustrar lo anterior. Jesús nos plantea que nuestra conversión debe ser real, fructífera. La higuera tiene una interpretación nacional (Israel) e individual (cada uno de nosotros). La parábola nos avisa de que es un juicio que está cerca, se puede dar en cualquier momento, pero su demora no debe suponer un aliento para los pecadores. El tiempo que Dios nos da para convertirnos no es infinito, debemos mostrar nuestra conversión cuanto antes. La correspondencia al amor de Dios hay que mostrarla siempre, no podemos demorarla, ya que no sabemos cuándo llegará ese juicio.

Pretexto

Si realmente respondemos al amor que Dios nos ha manifestado a lo largo de nuestras historias, debemos hacerlo con amor. Evidentemente, nuestra forma de amar es imperfecta, al lado de la suya. Las intenciones, los motivos por los que hacemos las cosas son lo que realmente importa. Los hechos no son más que consecuencias de esas intenciones. Dios no busca castigarnos por nuestros pecados, hay cosas que pasan porque sí. Evidentemente nuestra libertad influye. Somos libres de corresponder al amor, de convertirnos o no. Y, aunque nos convirtamos, también erramos, nos equivocamos. Por eso, año tras año, se nos brinda esta ocasión de cambiar, de demostrar nuestro amor, dando frutos.

¿Doy frutos? ¿Cuáles son? ¿Desde dónde hago las cosas? Por un fruto se conoce el árbol ¿Cuáles son mis frutos? ¿Algún sale amargo, ácido o son dulces?

Enrique Abad
enrique@dabar.es



“Por los frutos”

Jesús nos enseña, en el texto de hoy a aprender a escuchar a Dios en la historia, en nuestras historias. De hecho, sus interlocutores también lo hacían, y por eso van a contarle los hechos, pero escuchaban mal, hacían una interpretación partidista de ellos. Es verdad que Dios habla, pero hay que aprender a escucharlo. Dios no nos dice que los muertos de esos acontecimientos sean pecadores, de hecho, todos lo son. Lo que Dios nos dice es que, por serlo, debemos convertirnos y dar frutos de conversión. Frutos que son la palabra de Dios para esta etapa de la historia.

Vivimos en sociedades llamadas cristianas. “Occidental y cristiana” se decía, y los frutos son: hambre, expropiación, ignorancia, falta de salud y vivienda, desesperanza..., precisamente en este Año Santo de la Esperanza y “por los frutos se conoce el árbol”. Hoy, muchos llamados cristianos siguen viviendo su fe muy lejos de los frutos de amor y justicia que nos pide el Evangelio: participan de mesas de dinero, de la tiranía ideológica, pagan sueldos “estrictamente «justos»” y precisamente bajos, están afiliados a partidos que nada tienen que ver con la moral cristiana. ¿Y los frutos? Desprotección, hambre, pobreza...

No bastan las palabras. De nada sirve una higuera estéril. Una higuera debe dar higos ya que para eso ha sido plantada. Un pueblo redimido por Cristo debe edificar, con su vida un Reino que dé frutos de verdad, de justicia y de paz, de libertad, de vida y de esperanza... Estamos lejos, ¡muy lejos! de lograrlo. Es verdad que en decenas de comunidades hay también frutos muy vivos de solidaridad, de paz, de oración, de justicia y de vida, de celebración y de esperanza... y podríamos multiplicar los frutos que vemos en las comunidades; pero todo lo anterior también es cierto. Faltan muchos frutos que dar, falta mucha vida que cosechar y alegría que festejar. El mundo de la violencia, de la injusticia y el hambre reclama frutos de los cristianos. Y esos frutos deben darse en la historia. Los acontecimientos cotidianos, de dolor y de muerte, que tan frecuentes en

Notas para la Homilía

este mundo nos dan una palabra de Dios, una palabra que debemos aprender a escuchar, que debemos comprender para no creer que Dios dice lo que no está diciendo. Jesús nos enseña la “dinámica del fruto” para aprender a reconocer allí un Dios que sigue hablando y que nos sigue llamando a la conversión. no solo para una conversión individual y personal, sino para que dé frutos para los hermanos, para la historia, para la vida, para el Reino. Y la Cuaresma, tiempo de esperanza, es el tiempo oportuno para empezar a darlos...

No sería justo terminar aquí, podría llevarnos a un mensaje de desesperanza, de decir que: ¿qué puedo hacer yo solo?, entonces ¿cómo puedo ser buen cristiano? También Jesús nos da respuesta a ello: “déjala un año más”. El mensaje es que Dios siempre está dispuesto a acogernos, siempre espera que nos convirtamos y empecemos a dar esos frutos. Dios es el Dios de la Esperanza, alimenta nuestra esperanza, cada vez que nos damos cuenta de que hemos pecado y nos arrepentimos, cada vez que nos convertimos. Es cierto que san Pablo, nos recuerda que no basta con participar de la mesa del Señor, el maná y el agua de la roca para los israelitas, y el pan y el vino para nosotros, sino que debemos participar de una conversión sincera. Sincera como la que vivió el propio Moisés en presencia de la zarza, cuando quiso dominar a Dios y Dios se le reveló como el Dios de la historia, el Dios de nuestros padres. El Dios que siempre ha estado ahí, lo sepamos ver o no, sepamos descubrir su mano en la historia o no. Lo que no tolera es que intentemos manipularlo.

Luis Sancho
dabar@dabar.es



«Déjala todavía este año» (Lc 13, 9)



Para reflexionar

Cada día me sorprende la grandeza del Evangelio. En este año de la Esperanza, esta frase me habla de ella. Por muy mal que haga las cosas, Dios siempre está dispuesto a darnos una nueva oportunidad.

Sorprende que estudios psicológicos demuestren que los cristianos somos más felices que los creyentes de otras religiones, porque disponemos del sacramento de la reconciliación, en ella recibimos el perdón por excelencia, el perdón de Dios, la oportunidad de perdonarnos a nosotros mismos. Me podríais decir, un Dios que nos permite "hacer borrón y cuenta nueva", que nos invita a olvidarnos de nuestra historia. Pero, todo lo contrario, nos invita a aprender de ella, nos invita a la conversión, nos invita al cambio, pero sin perder la esperanza. Sabemos que volveremos a caer, porque somos humanos, pero Él siempre está ahí, dispuesto a darnos otra oportunidad, dispuesto a acogernos, dispuesto a amarnos.

¿Qué concepción tengo de Dios? ¿Cómo me acerco a la reconciliación? ¿Vivo esa esperanza que me ofrece?

Para la oración

Padre bueno, que vives en nuestra historia, concédenos acercarnos a la mesa de tu Pan y tu Palabra con la convicción de que siempre podemos volver a Ti y ayúdanos a que interpretemos tu voluntad prescindiendo de nuestros intereses. PJNS.



Acepta, Padre de bondad, estos dones que te ofrecemos. Haz que ellos sean para nosotros el alimento que nos permita transformarnos en auténticos instrumentos de tu voluntad para construir un mundo más justo, más solidario, más conforme a tu voluntad.



Te agradecemos, Padre amoroso, lo que haces por nosotros, que siempre estés en nuestras historias, que podamos descubrirte en medio de cada uno de nuestros días. Pero especialmente, te damos gracias por tu Hijo, Jesús, porque Él es quien nos enseña a interpretar los signos de los tiempos, para que podamos convertirnos y empezar a trabajar en la construcción de tu Reino. Te damos gracias, porque tu Hijo nos invita cada día a vivir la esperanza, el amor... la vida. En medio de este itinerario cuaresmal, su Palabra en este día nos alienta para continuar nuestro camino, no solo hacia la cruz, sino hasta la esperanza de resurrección. Él es el portador de la Nueva Alianza que nos alimenta con su cuerpo y con su sangre para transformarnos en auténticos instrumentos para la construcción de tu Reino. Por eso, con todos tus amigos y los que están contigo en el cielo, te cantamos...



Gracias, Padre, porque nos ha alimentado el verdadero pan que nutre nuestro cuerpo y nuestra alma, para que podamos vivir una auténtica transformación. Concédenos que el participar de esta mesa sea el anticipo de la mesa celestial, a la que solo llegaremos compartiendo nuestra historia con la historia de cada hombre. PJNS.

Cantos

Entrada: A ti levanto mi alma (Palazón, Taulé o Hurd); El pueblo gime en el dolor (Espinosa); Hoy vuelvo de lejos (Erdozain); Caminaré en presencia del Señor (Espinosa); Pueblo que avanzas buscando (Martins)

Acto Penitencial: 1CLN-B 4.

Salmo: Libro del Salmista (Manzano); Gustad y Ved (Manzano); Misericordias Domini (Taizé).

Aclamación antes del Evangelio: Gloria a Ti, Señor, por tu Palabra (Erdozain).

Ofertorio: Llevamos al Señor (Erdozain); Bendito seas, Señor (Juan Alfonso); Con amor te presento, Señor (Gabarain); Vino y Pan en oblación (Camacho).

Santo: 1CLN-I 1; de la misa es una fiesta (Gabarain).

Comunión: No adoréis a nadie (Luis Alfredo); Dios es fiel (Taulé); El Señor es mi fuerza (1CLN-717); Wait for the Lord (Taizé); Convertíos a mí (Madurga); Convertíos al Señor (Alcalde).

Final: Dad gracias al Señor (1CLN-O 6); Santa María del amén (Espinosa). Hoy he vuelto (Gabarain); Conversión (Facal); Madre (Madurga); Peregrinos de la Esperanza (Meneghello).

La misa de hoy

Monición de entrada

Bienvenidos a este tercer hito de esta cuaresma de la Esperanza. Un domingo en el que Dios nos demuestra, una vez más, que siempre nos acompaña en nuestros caminos. Su presencia nos garantiza que jamás estaremos solos ante nada, ante nadie y que, con su ayuda, podemos cambiar el mundo, porque lo que importa de la conversión, del cambio, es que sirva para mejorar las vidas de quienes tenemos a nuestro alrededor, que es lo que nos abre el camino hacia la Pascua.

Saludo

Dios Padre, que se revela en la Historia; su Hijo, Jesucristo, que ha compartido nuestra historia; y, el Espíritu Santo que nos anima para transformar la Historia estén con todos nosotros.

Acto penitencial

Padre de misericordia, que siempre estás dispuesto a acogernos, a aceptar nuestro deseo de cambiar, acepta nuestro arrepentimiento para que podamos participar del auténtico pan de vida.

- Tú, que nunca nos abandonas. Señor, ten piedad.

- Tú, que doblegas el corazón engreído. Cristo, ten piedad.

- Tú, que siempre esperas nuestros frutos. Señor, ten piedad.

Escucha nuestra oración, acepta nuestro deseo de cambio y permítenos acercarnos a esta mesa que nos anticipa la de la resurrección. PJNS.

Monición a la Primera lectura

Moisés recibe su vocación de un Dios que ha escuchado el llanto de su pueblo oprimido en Egipto. Su vocación es la nuestra, todos somos llamados a liberar a cada hombre oprimido.

Salmo Responsorial (Sal 102)

El Señor es compasivo y misericordioso.

Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi ser a su santo nombre. Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios.

El Señor es compasivo y misericordioso.

El perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades; él rescata tu vida de la fosa y te colma de gracia y de ternura.

El Señor es compasivo y misericordioso.

El Señor hace justicia y defiende a todos los oprimidos; enseñó sus caminos a Moisés y sus hazañas a los hijos de Israel.

El Señor es compasivo y misericordioso.

El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia; como se levanta el cielo sobre la tierra, se levanta su bondad sobre sus fieles.

El Señor es compasivo y misericordioso.

Monición a la Segunda Lectura

San Pablo nos recuerda que una conversión aparente, una conversión que no es sincera, que no transforma el mundo no tiene valor para Dios.

Monición a la Lectura Evangélica

Jesús nos enseña que lo que nos sucede no es fruto de nuestros pecados y que siempre podemos arrepentirnos, porque Dios siempre nos acoge.

Oración de los fieles

Comprometidos en la construcción de un mundo mejor, contemplemos cómo Dios escucha el clamor de los pobres y digámosle: Abre nuestros ojos, Señor, a la miseria de los pobres.

- Por nosotros que escuchamos la vocación de Dios como Moisés a liberar a los esclavizados por cualquier adicción o esclavitud. Oremos.

- Por los que, sin saberlo, colaboran con el Creador en llevar a término la obra que Dios comenzó. Oremos.

- Para que tengamos en nuestra fe una imagen de Dios conforme a lo que la Palabra de Dios nos manifiesta: un Dios que interviene en la historia, escucha el clamor de su pueblo y sin quedarse en la pasividad decide entrar en acción. Oremos

- Para que también nosotros tengamos una espiritualidad que corresponda al Dios bíblico: abierta a captar los signos de la presencia de Dios en la historia, y principalmente dispuesta a escuchar el clamor de los hermanos que sufren. Oremos.

- Para que no achaquemos a Dios el mal que nosotros mismos provocamos. Oremos.

- Para que no decepcionemos una y otra vez al Señor que viene a recoger los frutos que espera de nosotros, sino que con tesón y con esperanza produzcamos frutos de amor comprometido. Oremos.

- Por la humanidad, para que se haga cada vez más consciente de que tiene que cuidar este mundo, sus riquezas naturales, sus aguas, sus bosques, su capa de ozono... como el hogar que nos ha sido dado y que debemos conservar para las futuras generaciones, en vez de destruirlo simplemente por ambición y afán irracional de lucro. Oremos.

Padre santo y misericordioso, que nunca abandonas a tus hijos, sino que les revelas la gloria de tu nombre, escucha nuestras plegarias y haz que sepamos acoger tus enseñanzas con la sencillez de un niño y demos frutos de verdadera conversión.

Despedida

Como Dios envió a Moisés para liberar al hombre, para transformar la historia, así también sois enviados vosotros para transformar vuestros corazones, los corazones de quienes os rodean, para transformar el corazón de este mundo. Podemos ir en paz.

Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

III Domingo cuaresma, 23 marzo 2025, Año LI, Ciclo C

EXODO 3, 1-8a.13-15

En aquellos días, Moisés pastoreaba el rebaño de su suegro Jetró, sacerdote de Madián; llevó el rebaño trashumando por el desierto hasta llegar a Horeb, el monte de Dios. El ángel del Señor se le apareció en una llamarada entre las zarzas. Moisés se fijó: la zarza ardía sin consumirse. Moisés se dijo: «Voy a acercarme a mirar este espectáculo admirable, a ver cómo es que no se quema la zarza». Viendo el Señor que Moisés se acercaba a mirar, lo llamó desde la zarza: «Moisés, Moisés». Respondió él: «Aquí estoy». Dijo Dios: «No te acerques; quitate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado». Y añadió: «Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob». Moisés se tapó la cara, temeroso de ver a Dios. El Señor le dijo: «He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos. Voy a bajar a librarlos de los egipcios, a sacarlos de esta tierra, para llevarlos a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel». Moisés replicó a Dios: «Mira, yo iré a los israelitas y les diré: “el Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros”. Si ellos me preguntan cómo se llama, ¿qué les respondo?» Dios dijo a Moisés: «“Soy el que soy”; esto dirás a los israelitas: “Yo soy” me envía a vosotros». Dios añadió: «Esto dirás a los israelitas: “Yahvé (Él-es), Dios de vuestros padres, Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob, me envía a vosotros. Este es mi nombre para siempre: así me llamaréis de generación en generación”».

1ª CORINTIOS 10, 1-6.10-12

No quiero que ignoréis, hermanos, que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube y todos atravesaron el mar y todos fueron bautizados en Moisés por la nube y el mar; y todos comieron el mismo alimento espiritual; y todos bebieron la misma bebida espiritual, pues bebían de la roca espiritual que les seguía; y la roca era Cristo. Pero la mayoría de ellos no agradaron a Dios, pues sus cuerpos quedaron tendidos en el desierto. Estas cosas sucedieron en figura para nosotros, para que no codiciemos el mal como lo hicieron aquéllos. No protestéis, como protestaron algunos de ellos, y perecieron a manos del Exterminador. Todo esto les sucedía como un ejemplo y fue escrito para escarmiento nuestro, a quienes nos ha tocado vivir en la última de las edades. Por lo tanto, el que se cree seguro, ¡cuidado!, no caiga.

LUCAS 13, 1-9

En una ocasión se presentaron algunos a contar a Jesús lo de los galileos cuya sangre vertió Pilato con la de los sacrificios que ofrecían. Jesús les contestó: «¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que los demás galileos, porque acabaron así? Os digo que no; y si no os convertís, todos pereceréis lo mismo. Y aquellos dieciocho que murieron aplastados por la torre de Siloé, ¿pensáis que eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén? Os digo que no; y, si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera. Y les dijo esta parábola: «Uno tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella, y no lo encontró. Dijo entonces al viñador: “Ya ves: tres años llevo viniendo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro. Córdala. ¿Para qué va a ocupar terreno en balde?” Pero el viñador contestó: “Señor, déjala todavía este año; yo cavaré alrededor y le echaré estiércol, a ver si da fruto. Si no, la cortarás”».

